

BEATO ENRIQUE SUSON

OBRAS SELECTAS

Traducción del P. Messeguer, O.P.

Serie
Grandes Maestros
N.º 2

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica

Depósito Legal: B-23.638-91

ISBN: 84-7770-218

Printed in Spain

Impreso en España

Serie «GRANDES MAESTROS»

1. EXPERIENCIA DE DIOS AMOR, Santa Angela de Foligno.
2. OBRAS SELECTAS, del Beato Enrique Susón.
3. LA VIDA Y EL REINADO DE JESUS EN LAS ALMAS, de San Juan Eudes.
4. OBRAS SELECTAS, de San Alonso Rodríguez.
5. OBRAS SELECTAS, de San Lorenzo Justiniano.
6. OBRAS SELECTAS, del V. Ludovico Blosio.
7. HOMILIAS EUCARISTICAS Y SACERDOTALES, de San Carlos Borromeo.
8. MANUAL DE ALMAS INTERIORES, de J. N. Grou.
9. TRATADO DE LA ORACION, de San Pedro de Alcántara.
10. LA ORACION EN LA SAGRADA ESCRITURA Y EN LOS SANTOS PADRES (Antología de textos).
11. LA ORACION DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DIAS (Antología de textos).
12. CARACTERES DE LA VERDADERA DEVOCION, J. N. Grou
13. HOMILIAS SELECTAS, del Santo Cura de Ars.
14. HOMILIAS SELECTAS, de San Antonio de Padua.
15. HOMILIAS SELECTAS, de San Bernardino de Sena.
16. DOCTRINA ESPIRITUAL, de San Maximiliano Kolbe.

Prólogo

Te presento, lector cristiano, un librito de oro, sólido, luminoso, hermoso como hay pocos.

En mí está el decírtelo de antemano, y en ti el probarlo por ti mismo, leyendo con sosiego sus frases calidas de espíritu enamorado y repitiendo de corazón sus acentos de acendrada piedad.

Te aseguro que, al leer estas pequeñas páginas, tu espíritu se conmoverá, llorará, se alegrará, bendecirá y se renovará con el espíritu del autor, que no es otro que el Bto. Enrique Susón, famosísimo predicador y más famoso escritor de la Orden de Santo Domingo, cuya vida toda se compendia en aquel glorioso nombre con que le distingue la historia de los Santos, cuando le llama **Cantor de la Divina Sabiduría**, y a las veces y con más propiedad, **Trovador de la Eterna Sabiduría**.

*El temple fogoso y ardiente de su alma te explicará la estupenda y perdurable eficacia de este pequeño libro sólo comparable con la preciosa **Imitación de Cristo**, el impetu y fuerza de sus pensamientos, y de sus sentimientos, el atrevimiento de su frase, y a las veces la valiente y simpática crudeza con que revela su loco enamoramiento por el objeto de sus amores y expresa la unión del alma con su Dios.*

Las almas fervorosas han acogido este libro con tal ansia de espiritual aprovechamiento, que en poco tiempo nos han obligado a hacer de él tres ediciones numerosas, y esperamos que nuestra pequeño trabajo ha de hacer aún mucho bien.

Fr. S. Messeguer, O.P.

CAPITULO I

Descúbrese la Eterna Sabiduría

Discípulo.— ¡Oh, mi Dios, que sois la dulzura misma!; Vos sabéis que desde mis años primeros siento en mi corazón un deseo, una sed de amar muy grande, sin que pueda adivinar su causa.

Hace mucho tiempo que mi corazón suspira por un bien que no puede descubrir ni alcanzar; y ahora mismo siento en mí que deseo, que amo, y que no sé qué es lo que deseo ni lo que amo. Debe ser algo muy grande lo que con tal vehemencia atrae mi corazón; y desde luego, comprendo que no podré vivir tranquilo mientras no llegue a conseguirlo.

En los días de mi infancia fijé mi afecto en las criaturas, pensando encontrar en ellas alguna satisfacción; pero me equivoqué. Cuanto más me pegaba a ellas, tanto más se alejaba de mi corazón el bien ansiado; y todas las criaturas que me habían seducido me decían a coro: Nosotras no somos el bien que tú buscas: si quieres encontrarlo, tienes que buscarlo e otra parte.

Y ahora más que nunca, quiero el bien que deseo. Sé lo que no es; pero ignoro lo que es. Decidme, pues, ¡oh

Dios omnipotente!, qué es lo que con tanta fuerza me encanta, me atrae y me cautiva.

La Sabiduría.— ¡No le conoces!, y sin embargo él te ha movido siempre dulcemente, te ha refrenado en tus desvaríos, te ha iluminado y te ha llevado al punto de desprenderte de todas las cosas criadas y unirte a él con los lazos del amor.

Discíp.— ¿Qué tiene de extraño que no lo conozca, si nunca lo he visto, ni jamás he tenido la dicha de encontrarme con él?

Sabid.— Tú tienes la culpa de haber vivido en esta ignorancia. Por familiarizarte con las criaturas, te has vuelto remiso y negligente en averiguar lo que debías saber. Abre ahora los ojos del alma, y mírame: Yo soy. Yo soy el Bien supremo, Dios, la Verdad, la Sabiduría Eterna. Yo soy el que te ha elegido por amor desde mi eternidad, y el que ahora te llama como predestinado que has sido por mi Providencia.

Discíp.— ¡Oh!; ¿sois Vos, dulcísima Sabiduría, sois Vos el bien, el bien que he buscado tanto tiempo, el bien a quien día y noche llamaba yo con suspiros y lágrimas? ¿Por qué habéis retardado tanto la gran merced de vuestra luz?; ¿por qué no os habéis manifestado antes a mi corazón? ¡Oh, cuántos caminos ásperos y dificultosos he andado sin encontraros!

Sabid.— Si me hubiese mostrado a ti desde el principio, no hubieras gustado ni comprendido mi bondad, como ahora puedes gustarla y comprenderla; porque el deseo es el principio de la alegría, y nadie puede llegar a conseguir mis luces sino después de grandes y penosos esfuerzos.

Discíp.— ¡Oh Bondad inmensa!; ¡con cuánta ternura me habéis siempre tratado! Cuando yo era nada, Vos me criásteis; cuando os abandono, me buscáis; cuando huyo, me detenéis y me, atáis con vuestro amor. ¡Qué feliz sería

si pudiera multiplicar mi corazón para poder amaros cien mil veces más de lo que os amo, para poder alabaros sin cesar! ¡Qué dichosa es el alma a quien miráis con misericordia, a quien de tal modo ganáis con vuestro amor que no pueda más encontrar descanso sino en Vos!

Ya que Vos sois la Sabiduría eterna a quien amo y a quien adoro, no despreciéis a vuestra criatura; compadeceóds más bien de este pobre corazón, helado y yerto por las vanidades del mundo. Sacadlo de sus lazos y de sus tinieblas, iluminadlo, y otorgadme la gracia de poder acercarme a Vos.

¿Será posible amarnos y no decirnos nada? Ya lo sabéis; mi corazón no descansa más que pensando en Vos, y suspirando por vuestra presencia. El verdadero amante no desea otra cosa que gozar de la presencia del amado; y si queréis que a Vos solamente ame, y que os ame cada vez más, es preciso que se me os mostréis con una luz más viva, y que me concedáis un conocimiento todavía mayor de vuestra Bondad.

Sabid.— Cuando las criaturas se apartan de Dios, naturalmente, y como por un plano inclinado, descienden de las criaturas superiores a las inferiores; y cuando quieren volver a su principio han de hacer lo contrario, han de ir de las más bajas a las más elevadas. Si tú quieres conocer y contemplar mi divinidad, has de empezar por conocerme y amarme en los sufrimientos y tormentos de mi humanidad atribulada. Este es para ti el camino más breve de la bienaventuranza.

Discíp.— ¡Gracias, Señor! Por el amor que os hizo bajar a este destierro, dejando el trono de vuestro Padre; por el amor que os puso en las angustias de una muerte horrible, mostrad a mi alma las formas admirables de que vuestro amor quiso revestirse en el árbol sangriento de la Cruz.

Sabid.— Cuanto tuvo de fuerte el amor que me venció,

tanto tuvo de afrentosa la muerte que padecí; y el uno y la otra son la justa medida de lo que me deben amar las almas rectas y puras. La intensidad y el poder de mi amor resplandecen más que nada en los horrores de mi Pasión. El sol se conoce por sus resplandores, las rosas por su perfume, el fuego por el calor.

Atiende, pues, y escucha con qué amor y con qué angustias he sufrido por amor de tí.

CAPITULO II

A la Divinidad por la Humanidad

La Sabiduría. Medita mi Pasión, hijo mío, para que puedas grabar bien en tu corazón los crueles tormentos que padecí.

Ya sabes que después de la cena última, en el Huerto de los Olivos, acepté de mano de mi Padre y por obedecerle, la más horrorosa de todas las muertes. Aquella Cruz que me esperaba, ponía tal espanto en mi corazón, que por todos mis miembros llegó a correr un sudor de sangre. Fui preso, maniatado, arrastrado a la ciudad, cubierto de golpes y salivazos, injuriado, calumniado, juzgado merecedor de la muerte, y llevado a casa de Pilato, ante quien me conduje como un cordero mansísimo en medio de lobos hambrientos.

Acuérdate de aquella vestidura blanca que por burla Herodes mandó poner sobre mí, mira mis carnes azotadas, mi cabeza coronada de espinas, y aquel madero de infamia bajo el cual salí de Jerusalén mientras el pueblo gritaba: ¡Crucifícalo, crucifícalo!

Haz que tu alma me contemple en esta figura, tan hu-

millado, tan despreciado, y en concepto de todos como un impío, como un miserable digno de la muerte más cruel.

Discípulo.— ¡Oh, Jesús mío!; si tan afrentosa fue vuestra Pasión en sus principios, ¿qué sería en su remate? Si yo viese a un pobre animal tratado de esta suerte, no podría sufrirlo: ¡Oh!, ¡y cuánto más debe despedazarse mi alma al contemplar el espectáculo de vuestra Pasión!

Pero, ¿por qué, Sabiduría eterna, me presentáis las angustias de vuestra humanidad, cuando lo que yo deseo contemplar son más bien los gozos y gloria de vuestra divinidad? Tengo sed de vuestras dulzuras inefables, y me ofrecéis vuestras inefables amarguras. ¿Qué pretendéis con ésto? Suspiro por la leche de vuestras ternuras, y Vos me ponéis en la línea de combate. Dad de una vez la señal para que empiecen las heridas y los dolores.

Sabid.— Sólo por la amargura se puede llegar a las dulzuras y por las humillaciones de mi humanidad, a las grandezas de mi divinidad. Todo el que pretenda elevarse sin el auxilio de mi sangre, caerá miserablemente en las tinieblas de la ignorancia. Mi humanidad derramando sangre es la puerta luminosa por donde se llega a donde tú deseas. Despójate, pues, de la flaqueza de tu corazón, y toma las armas para venir a mis filas, junto a mí; porque no está bien que el esclavo viva regalado, mientras el señor combate valientemente rodeado de espadas enemigas.

Sígueme y no temas. Te investiré de mi armadura, y serás participante de mis fatigas y de mis heridas. Haz que tu alma sea valiente y generosa, pensando que para subordinar la naturaleza al yugo de la perfección, deberás sufrir en tu corazón muchas cruces y muchas muertes.

Haré que sientas vivamente mis sudores del huerto de Getsemaní, y tu jardín, producirá flores rojas y sanguinosas. No faltará quien te saque de tu apacible retiro, quien te insulte y eche sobre ti todas las intrigas de los perversos.

sos. Tus enemigos te vejarán con calumnias ocultas, y la confusión pública vendrá sobre ti. Sobre ti se cebarán también los juicios temerarios, sobresaliendo entre los detractores de tu vida santa precisamente tus parientes y personas más allegadas. Las malas lenguas serán tus azotes, y los desprecios tu corona, para que así puedas sufrir con amor en tu corazón los tormentos de mi Pasión. Empezarás conmigo el camino del Calvario, y conmigo, finalmente, caerás bajo el peso de la Cruz, luego que hayas renunciado a tu voluntad propia, cuando te hayas apartado por entero de ti mismo, y vivas desembarazado y libre de todo lo terreno, como aquel que está a punto de morir, que al serle cortada la vida, la es también cortado para siempre todo comercio con el mundo.

Discíp.— ¡Qué duro es todo esto, Jesús mío, y qué caminos más dificultosos son los que me proponéis! El espanto invade mi alma, todos los miembros de mi cuerpo tiemblan de pavor. Nunca pude creer que tendré valor para sufrir todos estos trabajos.

CAPITULO III

El por qué de la Encarnación y de la Pasión

Discípulo.— Me permitiréis, Señor, una pregunta. ¿No hubierais podido encontrar, ¡oh Sabiduría Eterna!, otro plan que fuese más llevadero y más dulce para Vos y para mí? ¿Por qué no habéis adoptado otro procedimiento para salvarme y demostrarme vuestro amor, sin condenaros Vos mismo al sufrimiento, y sin obligarme a mí a haceros compañía en él?

Sabid.— Ni tú ni ninguna criatura sois capaces de pe-

netrar el abismo insondable de los designios de mi Providencia sobre el gobierno del mundo. De mil maneras distintas pude salvar al género humano; pero dado como estaban las cosas, no era posible dar con otro medio que fuese más conveniente y provechoso. El autor de la naturaleza no tanto repara en lo que puede hacer, cuanto en lo que conviene hacer; y cuanto ha hecho más es para satisfacer las necesidades de sus criaturas que para hacer ostentación de sus omnipotencia. ¿De qué otra manera podrían conocer mejor los hombres los secretos de Dios, que viéndome a mí vestido de su humanidad?

El hombre se había privado de la eterna ventura por dejarse ir tras un amor desordenado, y en este estado le era de todo punto imposible volver al principio de toda felicidad, a no ser por el camino del dolor y del sufrimiento. Y ¿cómo había de dar con este camino desconocido y dificultoso, si Dios en persona no iba delante de él para guiarle sus pasos?

Imagínate que estando tú condenado a muerte, un amigo se ofrece a sufrir la sentencia y morir por ti. Dirías: en verdad que este mi amigo no ha podido darme muestra mayor de la sinceridad y grandeza de su amistad, y no encuentro de qué otra manera hubiera podido merecer mejor el cariño de mi alma.

Esto, pues, es lo que ha hecho mi amor infinito, mi misericordia infinita, mi divinidad, mi humanidad, mi amor para contigo; y todo por ver de llamarte, por atraerte, para llegar a convencerte de que debes amarme como yo te he amado. ¿Qué corazón habrá tan de piedra que se resista a semejante amor?

No tienes más que pensar y ver si en toda la creación pude yo encontrar otro modo más magnífico de satisfacer a la divina Justicia, de hacer alarde de mi misericordia, ensalzar la naturaleza y mostrarte a ti los tesoros de mi bondad. No lo encontrarás, porque nada mejor para re-

conciliar la tierra con el cielo, que la sabiduría de la Cruz y los tormentos de mi muerte.

Discíp.— ¡Oh Sabiduría Eterna!; ahora se abren mis ojos, y empiezo a ver los destellos de vuestra Verdad. Comprendo que vuestra Pasión y vuestra muerte son las más elocuentes demostraciones de vuestro amor; pero, ¡Jesús mío!, a un cuerpo tan flaco y endeble como el mío creo que le será muy difícil seguimos hasta el Calvario.

Sabid.— No temas desfallecer en este camino de mi Cruz, pues todo, la Cruz misma, se hace tan fácil, tan ligera, tan llevadera, a los que de verdad aman a Dios con todo su corazón, que ni les ocurre siquiera pronunciar una queja o prorrumper en lamentos. Nadie en este mundo disfruta de más consuelos que aquellos que me ayudan a llevar la Cruz, pues todas mis dulzuras se derraman abundantes sobre el alma que bebe hasta las heces el cáliz de mis amarguras. Si bien la corteza es muy amarga, el fruto es de exquisita suavidad y dulzura; y toda pena parece pequeña teniendo ante los ojos la recompensa a que conduce.

Armame, pues, de luces, piensa en mis promesas, y de cuando en cuando levanta los ojos y mira tu corona. Sígueme con confianza, que quien conmigo comienza esta lucha ya casi tiene la victoria al alcance de sus manos.

CAPITULO IV

Jesús quiere ser imitado en sus sufrimientos

Discípulo.— Os doy gracias, Jesús dulcísimo, porque me habéis consolado y animado con vuestras palabras. Parece que con vuestra ayuda, y yendo siempre en

vuestra compañía, todo lo podré, aún los mayores dolores. Continúad, pues, enseñándome los tesoros de vuestra Pasión.

Sabid.— Estaba yo clavado en el árbol de la Cruz, sobre el cual me había puesto el amor, con todo mi cuerpo maltratado y desfigurado, perdida toda mi hermosura, los ojos sangrientos y lívidos, los oídos taponados de injurias y blasfemias, el olfato atormentado por inmundos olores, el paladar anegado de amargura, y toda mi delicadísima carne cubierta de llagas afrentosas y horribles.

En vano buscaba un alivio que no podría encontrar en todo el mundo. Mi cabeza, agravada por el dolor, colgaba sobre mi pecho; mi cuello estaba plagado de heridas; mi rostro cubierto de salivas; todo mi ser revestido de una horrible palidez de muerte; y tal había quedado toda la majestad de mi cuerpo, que no parecía sino un leproso desgraciado. ¡Y con todo, Yo era la Sabiduría Eterna, más hermosa que el sol que alumbra el universo!!!

Discíp.— ¡Oh espejo resplandeciente de todas las gracias, en cuyo rostro desean mirarse los ángeles del cielo!; ¡oh Verbo de la Luz, delicia del paraíso y gloria de los cielos! ¡Ah...! si hubiera yo podido en aquellos momentos tener reclinada sobre mi pecho aquella cara tan amable, tan pálida, tan ensangrentada, tan desfigurada..., la hubiera lavado con lágrimas de mi Corazón, y mi alma se hubiera desahogado con aquellos gemidos. ¡Ay...!, ¿por qué no tendré yo todo el llanto y todas las lágrimas de todos los santos?

Sabid.— El mejor modo de compartir mis dolores consiste en que los grabes por medio de actos en tu alma y en tu cuerpo. Prefiero el desprendimiento de todo lo terreno, el estudio e imitación de mis ejemplos, la transformación de una alma que imita mi Pasión, más que todos los gemidos del mundo juntos, y más que todas las lágrimas de todos los hombres, aunque sumasen más que todas las go-

tas de lluvia que han caído del cielo. Y esto porque yo quise sufrir, sobre todo, para ser después imitado e imprimir en mis escogidos la imagen dolorosa que tuve sobre la Cruz.

Sin embargo, no puedo en manera alguna rechazar las lágrimas que nacen de una compasión santa.

Discíp.— En adelante, Señor, me dedicaré a imitar vuestra vida y vuestra Pasión, más bien que a llorarla y lamentarla. Pero necesito que me enseñéis, Sabiduría Eterna, cómo he de asemejarme a Vos en los sufrimientos.

Sabid.— Empieza por rechazar todo placer y toda satisfacción del sentido; evita la curiosidad de la vista y del oído, haz siempre aquello por que sientas más repugnancia, que mi amor te lo hará dulce y agradable. No concedes a tu cuerpo blandura ni satisfacción alguna; no busques el placer ni el descanso sino en mí; sufre con mansedumbre y humildad los defectos de tus prójimos; ama a quien te desprecia; ten a raya todos tus apetitos; pisotea y mata todos tus deseos.

Estas son las primeras lecciones que se reciben en la escuela de la Sabiduría, lecciones que se encuentran y se leen en el gran libro, siempre abierto, de mi cuerpo crucificado.

Y luego que hayas llegado a cumplir todo esto, aun entonces mira si eres conmigo lo que yo soy para ti, y todavía encontrarás que nos separa una diferencia infinita.

Discíp.— Es muy verdad, Señor, cuanto decís. Pero yo soy muy insensible a vuestros dolores, y tan olvidadizo de los tesoros y bondades de vuestra Pasión, que os suplico me expliquéis todavía más vuestro amor, para que nunca jamás deje de amaros, glorificaros e imitaros.

Sabid.— Si quieres comprender mi amor, piensa la constancia con que padecí. Sabes que lo que más avalora un beneficio es el afecto del corazón que lo hace. Pues

mira; no solamente sufrí por vosotros, sino que, por un exceso de amor, quise sufrir cuanto era posible. Quise poder hablar a los hombres de esta manera: «Ved si en todo el universo encontráis un corazón tan amoroso como el mío.» Quise que todos los miembros de mi cuerpo fuesen heridos, rasgados, destrozados, como destrozado estaba mi corazón, para que nada hubiese en Mí que no padeciese por vosotros, y todo contribuyese a demostraros las infinitas ternuras de mi amor.

Discíp.— ¡Jesús mío dulcísimo!; ¡Qué deseos, qué ansias más ardientes de padecer!; ¡qué inmensa caridad! Y ¿no hubierais podido rescatar al hombre y salvar su alma sin necesidad de llegar a estos excesos de amor? ¿No hubierais podido elegir otros sufrimientos más llevaderos y otras demostraciones de vuestro amor no tan deslumbradoras?

Sabid.— Acuérdate que soy Dios, y que mi amor no puede dejar de ser infinito. Ni el enfermo consumido por la sed de la fiebre apetece la bebida refrescante, ni el moribundo desea continuar en la vida con más ansia, de la que yo he deseado salvar a los pecadores y hacer patente a todas las almas el amor con que las he amado, y cómo merezco de ellas ser amado. Más fácil sería que se tornasen los días ya pasados, o que recobrasen su hermosura las flores ya marchitas y secas, que medir la profundidad de mi amor para contigo y para con todos los hombres.

Repara bien, y verás cómo no hay una sola parte de mi cuerpo que no tenga su propio dolor, o que no lleve en sí el estigma del amor. Mis pies y manos atravesados por clavos, mis piernas rendidas de cansancio, todos mis miembros inmóviles, extendidos sobre la cruz. Mis espaldas, rasgadas por las heridas de los azotes, no tenían más apoyo que un madero duro y nudoso; todo mi cuerpo, doblado sobre sí mismo, inclinándose hacia la tierra, sobre la que se encharcaba la sangre de mis venas que caía en abundancia.

Mi vida y mi juventud se desvanecían y se me iban por todas mis heridas, y con todo, mi alma estaba con tranquilidad suma, y mi corazón saltaba de gozo, porque sufría todo esto por ti.

Discíp.— ¡Oh dolor inefable!, ¡amor admirable, incomprendible! Jesús mío, ¿cuánto podré amaros cuánto debo y cuánto deseo?

CAPITULO V

El llanto del alma

Entra dentro de ti, alma mía, echa lejos de ti todas las cosas exteriores, y recógete en el secreto de tu corazón. Todos tus esfuerzos serán pocos para sufrir este dolor inmenso y para sondear el abismo de miserias en que has caído.

Broten de mi pecho, arroyado en lágrimas, gritos y lamentos aterradores que repercutan a través de los valles hondos, de las montañas gigantes, de las aguas inmensas, y no se detengan hasta llegar al cielo y a oídos de todos los santos del paraíso. Sí; exclamaré; ¡oh, vosotros los que sois del todo insensibles, ojalá pudiera yo enterneceros con los gemidos de mi corazón, con las ondas de mis lágrimas!, ¡ojalá pudiera haceros sentir algo de mi dolor, mostrándoos las penas que me despedazan y me consumen!

¡Desventurado de mí! El Padre celestial creó mi alma superior a todas las cosas sensibles, la adornó con sus más ricos dones, la escogió por esposa querida..., y yo me he huído de El y lo he perdido. ¡Padre mío!, ¡amor mío! ¡Ay, ay, desgraciado de mí! ¿Qué he hecho?, ¿qué es lo que me

he perdido? Perdiéndoos a Vos me he perdido a mí mismo, he perdido la amistad de los ángeles del cielo, se ha desvanecido como el humo toda mi felicidad, mi alma ha quedado sola y desnuda de todo bien.

Todos los que me hacían alarde de su amistad me han engañado indignamente y se han convertido para mí en verdaderos verdugos, y me han arrebatado todo mi tesoro, al despojarme de la gracia y amistad de mi úni y verdadero amigo. ¿No tengo sobrado motivo para llorar? ¿Dónde podré encontrar consuelo para mi dolor? Todas las criaturas me han abandonado, y yo me he apartado de mi Dios y Señor. ¡Oh día triste el día de mi caída!

¡Oh, vosotras, rosas de amor, lirios de pureza!; oíd mi llanto, y al contemplar mi hermosura marchita y estéril, entender cuán presto se marchitan las flores sobre las que el mundo ha puesto su mano.

En adelante, mi vida será una muerte continua, mi alegría una continua tristeza, mi juventud un eterno languidecer..., y con todo, mis dolores nunca serán proporcionados a la gravedad de mi culpa. ¡Oh!, sí: el mayor de mis tormentos, el verdadero infierno de mi pobre corazón, será el haber ofendido a Dios. ¡Ay, ay, desgraciado de mí!, que he podido despreciar vuestras gracias y olvidaros, Dios mío; yo, a quien habéis advertido a tiempo con tal dulzura, a quien con tal familiaridad habéis tratado!

¡Oh dureza del corazón humano, que tales pecados es capaz de cometer!; ¡oh corazón más duro que el bronce, que no te quiebras de dolor! En otros tiempos más felices, mi alma era la esposa amada del Rey de la Gloria; ahora no merece ser su vil esclava. ¡Ay!, temo levantar mis ojos al cielo; mi lengua enmudece en presencia de mi Dios.

El mundo me pesa y me molesta; deseara estar más bien en un bosque espesísimo, donde ni los pasos ni las miradas del hombre pudieran penetrar, y allí descansaría

mi corazón deshaciéndose en gritos y lamentos. Sí, en lamentos, porque el llanto es mi único consuelo. ¡Oh pecado, pecado!, ¡a qué estado de miseria me has reducido! ¡Maldito sea quien te sirve, oh mundo engañoso! A mí ya me has dado lo que me debías, el precio de mi esclavitud; ya todo el mundo me aborrece, y hasta yo desearía huir de mí mismo.

¡Almas que todavía estáis enriquecidas con los dones de vuestro real Esposo!, ¡almas puras y santas que sabéis huir a tiempo del pecado y conservar vuestra primera inocencia!, vosotras sois dichosas, sumamente dichosas; y si no conocéis vuestra felicidad, es porque la conciencia pura y limpia no puede sentir nunca las angustias que matan a un corazón manchado por el pecado. Yo, en cambio, lloro amargamente, y mis gemidos no tienen consuelo. ¡Qué delicias experimenté cuando estaba con Vos, Jesús mío, Jesús amadísimo!; ¡qué contento estaba entonces y qué tranquilo!; y con todo, no conocía mi propia felicidad.

Ahora, ¡oh, si pudiese declarar toda la intensidad de mi dolor!, ¡quién tuviera el poderío de la inmensidad de los cielos, de las aguas de la mar, de todas las plantas y seres de la tierra, para expresar por ellas los sufrimientos de mi pobre corazón, y las desgracias irreparables que me acarrea el haber ofendido al Esposo amantísimo de mi alma! ¿Por qué nací yo a esta vida?; ¿qué me queda ya que esperar sino los abismos de una eterna desesperación?

CAPITULO VI

Los consuelos de la Sabiduría

La Sabiduría.— No hay para qué desesperarte. Yo vine al mundo porque te amo, para reconciliarte con el Padre, y para concederte una gloria aun más estimable que la inocencia cuya pérdida lloras.

Discípulo.— ¿Qué voz es esta que tan dulcemente habla a mi corazón, y consuela mi alma desterrada del cielo y de la tierra?

Sabid.— ¿No me conoces? ¿Por qué te abates de esa manera? Ya veo, hijo mío muy querido, que te ciega el exceso del dolor; pero, ¿no sabes que yo soy la Sabiduría del Padre, llena de ternuras y de bondad? Sí, mira: yo soy un abismo de misericordia tan grande, que ni los mismos santos lo pueden comprender, y que está siempre abierto para recibir a todos los corazones humillados y contritos.

Yo sufrí por ti la pobreza, el destierro, la muerte de cruz. Todavía me puedes ver pálido, chorreando sangre, lleno del mismo amor que me interpuso entre tu alma y los justos castigos de mi Padre. Soy tuyo, soy tu hermano, tu esposo. He olvidado tus ofensas como si nunca me las hubieras hecho. Date a mí, y en adelante procura no separarte jamás del cumplimiento de mi voluntad.

Levanta la cabeza, mírame lleno de valor, y purifícate en mi sangre. En prenda de nuestra reconciliación, toma este anillo, este vestido; este calzado; gocémonos ahora, porque tu alma ha de ser mi esposa muy amada. Me ha cautivado tu dolor, y no he podido resistir a tus gemidos. ¡Siento tanta compasión por los corazones entristecidos...! Si el universo entero ardiese en vivas llamas, su fuego no abrasaría un simple puñado de paja con más ímpetu que

el que mueve a mi insaciable misericordia a recibir a un alma penitente.

Discíp.— ¡Oh Padre de misericordia, mi dulce hermano, mi amable esposo, única alegría de mi corazón!; ¿de modo que habéis querido escucharme y concederme el perdón, a pesar de mis ruindades y de mi ingratitud? ¡Qué favor, qué clemencia, qué misericordia más grande! Os adoro, os bendigo, os doy infinitas gracias, me postro a vuestros pies..., y os ofrezco a vuestro Hijo Unigénito, que por mí expiró en una cruz: sea El el iris de paz que os haga olvidar todas mis iniquidades.

Ahora vuelvo a nacer en los brazos de Jesús crucificado; me sumerjo en sus llagas, uno mi alma a su alma, mi corazón a su corazón, para que nunca, ni en vida ni en muerte, pueda separarme más de sus tiernos abrazos. En adelante, antes morir, antes el purgatorio, antes el infierno, que ofender a mi Señor y mi Redentor. ¡Qué no pueda yo hacer llegar hasta el cielo gemidos tan hondos que me rompan el corazón!

Quisiera morirme en un exceso de dolor, porque cuanto ha sido mayor vuestra bondad en perdonarme mis pecados, tanto más cruelmente me atormenta el haberos ofendido y haber sido tan ingrato a vuestra infinita misericordia.

¿Cómo he de agradecerlos, ¡oh Sabiduría Eterna, mi dulzura, mi consuelo!, el que me hayáis cerrado con vuestras propias llagas las llagas mías que ninguna criatura del mundo podía remediar? Enseñadme ahora cómo he de llevar en mi cuerpo el estigma de vuestro amor, para que el mundo entero, los ángeles y los santos sepan de una vez que no soy del todo insensible a la caridad infinita con que habéis atendido a este desgraciado desposeído de toda esperanza.

Sabid.— Si es que estás conmigo espiritualmente crucificado, llevarás en tu cuerpo los estigmas de mi amor.

Hazme entrega generosa de todo tu ser y de todo cuanto te pertenece, y esto para no reclamarlo jamás.

No tengas más que lo estrictamente necesario, y de este modo tus manos estarán ya clavadas en la cruz.

Afianza en mí, y sólo en mí, tu alma inconstante, tu corazón voluble, tus pensamientos inciertos, y entonces también tu pie derecho estará crucificado.

Cuida de que no se debiliten con el tiempo las energías de tu alma ni las energías de tu cuerpo, para que nunca caigas en la negligencia y el abandono, y entonces tus brazos, como los míos, estarán extendidos en la Cruz siempre dispuestos a cumplir mi voluntad.

Rinde a tu cuerpo en los ejercicios y prácticas espirituales en obsequio del desfallecimiento de mis piernas, y no le permitas jamás satisfacer sus apetitos.

Los disgustos, las tentaciones, las penalidades que con frecuencia te asaltarán y te agobiarán, serán precisamente las que más te han de unir conmigo, con los abrazos de la Pasión, y por amor mío llevarás sobre ti la imagen de mis dolores.

Tu privación de todo consuelo, y tus luchas contra la naturaleza, me devolverán mis energías primeras.

Tu cuerpo será un lecho blando, para que en él descansen mis miembros fatigados.

Tu aversión al pecado será la alegría de mi alma; tus ternuras endulzarán mis sufrimientos, y tu fervor acrecentará más y más el amor mío.

Discíp.— Espero de Vos estos favores, ¡oh Eterna Sabiduría!, y pongo a vuestro servicio mi voluntad con todo lo que ella es. Ahora comprendo cuán fácil es servirlos, y cómo es ligero el yugo de vuestra obediencia. Esto lo saben mejor que nadie los que han tenido la desgracia de llevar el yugo aplastante de la iniquidad.

CAPITULO VII

De la tibieza espiritual

Discípulo.— ¡Oh, dulcísimo Señor!, ¡qué feliz soy cuando vivo en vuestra compañía, y qué desgraciado cuando de Vos me aparto y convivo con las criaturas, aunque no sea más que por unos instantes!

Soy como un pequeño cervato que ha perdido a su madre, y al verse acosado por los cazadores huye presuroso, temblando de miedo, y no cesa en su carrera hasta que llega al lugar seguro y secreto que le vió nacer. Así yo huyo precipitadamente, y corro hacia Vos, y suspiro con gran ardor por las aguas vivas en que Vos regalais. Una sola hora lejos de Vos me parece un año; un día sin poder disfrutar de vuestra dulce intimidad, me parecería una eternidad; porque Vos, Jesús mío, sois para mí una sombra hermosa y agradable, un árbol florido, un rosal cargado de rosas deliciosísimas.

¡Oh Jesús!, extended hacia mí las ramas de vuestra divinidad y de vuestra humanidad. Vuestro rostro, Señor, es un destello de gracias, vuestra boca tiene palabras de vida, vuestro trato es un espejo de perfección, de humildad, de mansedumbre... ¡Dichosa contemplación la de los santos!, dichoso aquel a quien favorezcáis con vuestras ternuras!

La Sabiduría. — ¡Ay...! Son muchos los llamados, pero son pocos los escogidos.

Discíp.— ¿Es que los desecháis Vos, Señor, o son ellos los que por sí mismos os abandonan?

Sabid.— Fíjate en esta visión que voy a presentarte, y repara bien en su significado.

Mira: ahí tienes una ciudad antigua, toda fortificada, que está desmoronándose y convirtiéndose en un montón

de ruinas. Sus torres se tambalean, y al fin se desploman; las casas se hunden. Sus moradores, en inmensa multitud, agitándose sin cesar, más bien parecen bestias que hombres. Pero ve ahí ese peregrino venerable, que avanza apoyado en su bastón. Es pobre, extranjero, está rendido de cansancio. Ahora pide una limosna, y busca quien le dé comida y albergue, y no encuentra por ninguna parte más que repulsas groseras e inhumanas. Ya se queja al cielo diciendo: ¡Oh cielos, oh tierra!, enmudeced de compasión y llorad conmigo, pues me veo tratado de este modo y rechazado por este pueblo por cuya salvación tanto y con tan grande amor he sufrido.

Esta ciudad es la vida cristiana en otro tiempo tan pura, tan santa, tan floreciente, y ahora casi del todo decaída y hecha una perdición. Los fosos y murallas son las fortificaciones de la obediencia, pobreza y castidad, las cuales están resquebrajadas y ruinosas, sin que nos quede de ellas más que un vestigio en algunas ceremonias, usos, y algunos actos exteriores. Sus moradores son despreciables; son cristianos, que con apariencia de santidad, tienen el corazón pegado al mundo y a las cosas temporales. El peregrino venerable soy yo, que llego apoyado en el bastón de mi Cruz; y donde antes era muy estimado y honrado, ahora me desprecian y me insultan por todas partes. Y la voz de mi Pasión se levanta al cielo contra estos hombres olvidados de su vocación, tibios y relajados; pero no puedo conseguir nada, aun a costa de mi dolorosa muerte y de mi infinita caridad.

Hay algunos, sin embargo, que viven santamente; y a éstos los consuelo en vida, y en su muerte los recibo en mi seno, los ensalzo y los glorifico en presencia de todos los ángeles del paraíso.

CAPITULO VIII

Dios o las criaturas

Discípulo.— ¡Señor!, estoy desconcertado desde que pienso cómo, siendo Vos tan digno de ser amado, los hombres no se acuerdan, o huyen de Vos, y os desprecian, después de haberles concedido tantos beneficios. Y aun entre los que parecen amaros, ¿cuántos hay que no os aman de verdad, porque pretenden hermanar vuestro servicio con su amor culpable a las criaturas?

La Sabiduría.— Esos edifican en el vacío, o sobre el viento, porque tan imposible es amarme a mí amando a las criaturas, como encerrar en una pequeña vasija toda la inmensidad de los cielos. ¿Cómo mezclar lo perecedero con lo que siempre dura? ¿No sería una locura el querer alojar al Rey de reyes en un mezuquino hospedaje de pobres mendigos, o en la mísera choza de un esclavo? Quien desee alojar en su corazón a huésped tan excelso, lo primero que ha de hacer es despedir de él todo amor a las criaturas.

Discíp.— ¡Ay, qué equivocados andan los desgraciados que no quieren entender la verdad de lo que acabáis de decir!

Sabid.— Sumidos en una profundísima obscuridad, los pobres sudan y luchan lo indecible para conseguir los placeres del mundo, los cuales no siempre pueden lograr, y nunca pueden gozarlos según la medida de sus deseos. Antes de llegar a satisfacer una sola vez sus malas inclinaciones, salen a su paso gran número de contrariedades, con las que tienen que sufrir. Su corazón, apartado de Dios y puesto contra El, necesariamente tiene que ser víctima de continuas pesadumbres; pues aun sus más insignificantes alegrías van siempre mezcladas de mil contratiempos y llenas de amargura.

El mundo es engañoso, infiel, traidor. Cuando hace nacer una esperanza en el corazón, es para destruirla en seguida; y por eso nunca un alma ha podido ni podrá encontrar en las criaturas una alegría del todo pura, un amor verdadero, una paz inalterable que llegue a constituir su descanso y su felicidad.

Discípulo.— Es muy triste, Jesús mío, ver que hay tantos corazones muy amables y muy amantes, tantas almas hermosas adornadas con vuestra imagen, que hubieran podido participar de vuestro trono y de vuestro poderío, y dominar en el cielo y en la tierra, y que viven miserablemente privadas de vuestras luces, hundiéndose cada día más en una bochornosa degradación. ¿No les sería mejor morir con la más cruel de las muertes antes que perderos a Vos, que sois el camino verdadero y eterno? ¡Ay, desgraciados, insensatos!; ¡cuántas desgracias amontonais sobre vuestras cabezas, y cuántas ruinas sobre vuestras almas! ¡cómo dejáis perder en vano un tiempo que nunca más volverá! Y con todo, vivís en medio de tantos desastres como si tan triste situación no rezase con vosotros.

CAPITULO IX

El engaño de los mundanos

Discípulo.— Os suplico, Sabiduría llena de misericordia, que ilumineis a estos pobres ignorantes.

La Sabiduría.— No, no son ignorantes, puesto caso que a cada momento sienten y comprenden sus miserias. Lo que ellos quieren es distraerse para gozar de los placeres a sus anchas. No se disculpen sus errores, que cuando

lleguen a confesar su engaño, será ya tarde. Es una desgracia muy grande, que nunca será tan lamentada como se merece.

Discíp.— ¡Oh, dulcísima Sabiduría!, ¿cómo se explica este desvarío?

Sabid.— Pues sencillamente, fijándose en que ellos rehuyen del todo las fatigas y la cruz de mi humanidad. Piensan que así podrán vivir una vida más dulce y más placentera, y luego se encuentran sumidos en nuevas angustias y tormentos. Rechazan mi yugo suave, me abandonan a mí, que soy el soberano Bien, y a la postre se encuentran con el soberano mal. Temen la niebla, y al huir de ella caen en plena tempestad. Y además de esto, por justo juicio de mi justicia, viven de continuo agobiados por el peso de mil géneros de miserias.

Discíp.— Y, ¿qué podrá ser de estos pobres extraviados, si no vuelven a Vos, Sabiduría misericordiosa; si no vuelven a Vos gimiendo y suspirando?

Sabid.— Yo siempre estoy pronto a darles la luz, con tal que ellos quieran sinceramente recibirla. Mis auxilios a nadie faltan, sino a aquellos que empiezan por faltarse ellos a sí propios; ni abandono sino a aquellos que antes se abandonan a sí mismos.

Discíp.— ¡Es tan penoso separarse del objeto amado!

Sabid.— Es cierto, pero yo reemplazo con creces a todo lo que se puede amar.

Discíp.— Con todo, es muy difícil dejar de una vez las afecciones y placeres a que uno está acostumbrado.

Sabid.— Más difícil será sufrir algún día las penas del infierno.

Discíp.— ¿Y aún están los pobres tan tranquilos, sin poder convencerse de la condenación que les amenaza?

Sabid.— Tú bien sabes que el pecado, por su propia condición y naturaleza, turba el corazón, inquieta el espíritu, destruye la paz, la gracia, el pudor, y arrastra a una

gran ceguera que hace al alma del todo desgraciada, apartándola de Dios y destituyéndola de sus auxilios.

Discíp.— Todo es muy cierto, Señor; pero las almas de que hablamos son almas tibias, que piensan que en nada faltan, y que nada malo les puede sobrevenir. Viven con apariencias de religiosidad, y juzgan que su amor es del cielo y no de la tierra.

Sabid.— Una mota de polvo, aunque sea blanco, obscurece la vista tanto como otra mota de ceniza. ¿Dónde piensas que podrás hallar más santidad y abnegación que en los Apóstoles? Y sin embargo, me fue preciso separarme de ellos para mejor prepararlos a recibir el Espíritu Santo. Y ¿cuánto más perjudicial será la presencia de los hombres que no la mía, pues ni uno sólo hay que pueda llevar las almas al cielo? Las heladas de la primavera no destruyen los brotes de las flores primeras con más crueldad que los amores y conversaciones mundanas destruyen el fervor de la vida religiosa.

¿Dónde están ahora aquellos antiguos conventos, que como viñedos floridos repartían por doquier el buen olor de las virtudes? ¿Dónde se encuentran aquellos verjeles amenos, aquellos paraísos de la tierra en los que Dios deseaba morar? Ahora están desprovistos de todos sus encantos, llenos solamente de abrojos y ortigas. ¿Qué se ha hecho de los buenos ejemplos de los santos, de sus lágrimas, de sus penitencias, de su contemplación, silencio, pobreza, obediencia y pureza de vida?

Pero lo más triste y sin remedio es que la tibieza es así como un estado natural. Cífrase toda religión y santidad en algunas apariencias exteriores y en algunas ceremonias, siendo así que no es esto exterior lo que constituye la interior hermosura de las almas.

¡Ay, ay!, ¡cuánto tiempo perdido en vanos pensamientos, en conversaciones inútiles, en lecturas frívolas, en fiestas y diversiones!

Discíp.— ¡Oh, Sabiduría divina!; vuestras palabras son terribles y capaces de quebrar los más endurecidos corazones. Estoy lleno de espanto.

CAPITULO X

Amores y dulzuras de la Eterna Sabiduría

Discípulo.— Estoy recordando, Sabiduría amabilísima, el dulce lenguaje de que habéis usado en los Libros Santos para cautivar a las almas y conquistarlas a vuestro amor.

Venid conmigo todos los que me deseáis, y os veréis llenos de mis frutos.

Yo soy la madre del amor hermoso.

Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más rica que la miel y el panal.

El vino y la música regocijan el corazón, pero mucho más el amor de la Sabiduría.

Tan amable y tan encantador os mostráis al corazón del hombre, que todo el mundo debiera entregarse a Vos, y sólo a Vos; todo el mundo debiera amaros y suspirar incesantemente por vuestra luz. Vuestras palabras son luz y calor. Salen de vuestra boca divina con tan inefable suavidad, con tal dulzura, que cautivan al niño inocente que yace en su cuna, y matan todos los afectos terrenos en los hombres que están en lo más florido de su vida, Por eso, yo deseo ardientemente que me digáis algo acerca de vuestra inefable dulzura. ¡Oh, Sabiduría, mi esposa queridísima, mi única amiga!; consolad a mi alma, a vuestra pobre esclava. Me he dormido a vuestra sombra: mi espíritu vela, y mi corazón espera.

Sabid.— Atiende, hijo mío, y recoge cuidadosamente todas mis palabras.

Yo soy el Bien sumo, incomprendible, que siempre ha sido y siempre será, Bien infinito, incomunicable, que jamás será comprendido ni explicado por nadie. Y con todo, yo me comunico a las almas santas bajo formas sensibles para mejor acomodarme a su pequeñez. Me dejo ver bajo el velo de las palabras y de las imágenes, como se ve el sol en su resplandor, que atraviesa las nubes. De este modo ilumino tu corazón sumido como está en las tinieblas de tu cuerpo, y te comunico un conocimiento superior acerca de mí y de mi amor.

Revístete, pues, de mí; acumula en tu alma toda la perfección posible, para que puedas dispensarme una acogida honrosa y amorosa, cual yo me merezco, pues todo cuanto hay en ti y en todas las almas del cielo y de la tierra, todo cuanto sea belleza, santidad, pureza, todo está en mí de una manera excelentísima, y con una intensidad tan grande, que no hay inteligencia humana que pueda comprenderlo.

Mi nacimiento es muy ilustre, y mi parentesco muy glorioso: soy el Verbo amadísimo del corazón de mi Padre, infinito como El, pues que me engendró de su purísima substancia, y gozo de sus miradas en la inefable caridad del Espíritu Santo.

Yo soy el trono de la perfecta felicidad, y la corona de todas las almas.

Mis ojos son tan brillantes, mi boca tan delicada, mi rostro tan blanco y tan colorado, mi hermosa figura tan llena de gloria y de majestad, que si para verme te arrojas a las llamas de un horno encendido, y allí estuvieses ardiendo hasta el día del juicio, no hubieras todavía hecho lo bastante para compensar la inefable felicidad de contemplarme un solo momento.

Mi vestido es de una blancura deslumbradora, ador-

nado con las flores más encantadoras que abre la aurora de cada día.

El mes de mayo más espléndido y florido es un miserable erial cubierto de maleza, si se le compara conmigo.

Yo soy la fuente de toda felicidad, y por mi divinidad concedo a los ángeles alegrías amorosas, tan puras y tan intensas, que mil años les parecen un breve instante.

Todos los ejércitos celestiales me contemplan sin cesar con admiración siempre nueva; en mi descansan los coros de los santos, y todas las almas del cielo en mí se contemplan extasiadas.

Con un solo gesto hago resonar a todos los conciertos angélicos, y pueblo del cielo de las más inefables melodías.

Soy tan digno de ser amado y deseado, que todos los corazones deberían inflamarse en mi amor, y seguirme siempre, suspirando por mi hermosura y por mi resplandor.

Yo soy la misma pureza, siempre presente a las almas castas, a las cuales hablo; y ellas me escuchan en todas partes, en la mesa, en el descanso, en los viajes...

En mí se encuentra cuanto se puede desear, y nada hay en mí que pueda temerse, porque soy el Bien infinito, sin mezcla de imperfección. Bien de una dulzura tan grande que una sola partecita suya hace aparecer amargas todas las alegrías de este mundo, y despreciables todos sus honores.

Los que de verdad me aman en el silencio de su espíritu, ajenos a la turbación que consigo llevan las imágenes y palabras sensibles, se transforman en mí, se identifican con mi soberana voluntad, en ella encuentran su principio, y saborean una libertad santa, una pureza perfecta y firme, una conciencia inocente y tranquila. ¿Hay dicha más grande que vivir con alegría y morir sin temor?

CAPITULO XI

Amor singular de Dios a las almas

Discípulo.— ¡Oh, Bien del todo incomprensible!, ¡oh, amor único de mi corazón! ¡Bendito sea el momento en que comience a disfrutar de vuestra luz y de vuestra presencia!

Os suplico que os dignéis acallar un temor que turba mi felicidad. Para el amor, un rival es lo mismo que el agua para el fuego, un enemigo formidable, porque el corazón no admite partes. ¿Cómo podéis amarme tanto si es verdad que amáis también a otros muchos, y que ellos os corresponden con el mismo amor? Necesito que me digáis qué será de mí, qué lugar he de ocupar yo entre vuestros amantes.

Sabiduría.— Yo soy el amor infinito, a quien ni la unidad limita ni la multiplicidad agota; y por eso amo, en particular y únicamente, a cada una de las almas. Mira, te amo, en ti pienso, y de ti me ocupo, como si fueses solo, como si nadie más que tú estuviera en el mundo.

Discípulo.— ¿Qué es lo que decís, Jesús mío?; ¿dónde estoy?; ¿Quién me roba mi corazón? Mi alma se derrite porque le ha hablado su Bien. «Aparta de mí tus ojos, porque ellos me han hecho perder el juicio». ¿Qué corazón habrá tan de hielo que no se inflame al oír este lenguaje lleno de delicias? ¡Feliz el alma que es esposa vuestra, querida vuestra! ¡Qué de consuelos celestiales, qué de espirituales dulzuras no le concedéis!; ¡con qué favores y caricias íntimas no le atestigúais vuestro amor! Ya lo dijo Santa Inés cuando exclamaba con aquella su ingenuidad virginal: *Su sangre hermosea mis mejillas.*

¡Adelante corazón mío!; no desmayes. Es necesario que contemples, que llores, que suspires, que procures

gustar este amor, al menos una vez antes de morir. ¡Cuidado que eres loco, al mostrarte tan perezoso y tan indiferente para con el Bien soberanamente amable, que satisface todas tus necesidades y calma todos tus deseos! ¿Qué es lo que esperas de este mundo falaz y frívolo? ¿Te atreverás a poner en parangón el amor rastroero de las criaturas con el amor purísimo de Dios?

¡Lejos de mí, locos amadores del mundo!; no os acerquéis a mí, ni me miréis siquiera, porque he escogido a la Sabiduría por esposa querida de mi corazón, y le he dado mi alma y mis potencias, mis pensamientos, mis afectos, mis sentidos, mi cuerpo, mi corazón y todo mi ser. ¡Oh, si yo pudiese, Jesús mío, escribir vuestro nombre con letras de oro en el fondo de mi corazón!; isi me fuera posible introducirlos en todas las fibras de mi alma de tal modo que ni el tiempo ni la eternidad fueran capaces de echaros de mí! Jesús mío, haced que muera de amor, que nunca me separe de Vos, que sois todo mi bien.

CAPITULO XII

Del amor y temor de la Eterna Sabiduría

Discípulo.— ¡Oh, Eterna Sabiduría! Vos que sois tan dulce y tan amable, ¿cómo sois a la vez tan severa y tan terrible?; ¿de dónde procede esa luz que a un mismo tiempo cautiva y llena de espanto?

Cuando observo los rigores de vuestra justicia divina, todos mis miembros tiemblan de miedo, y exclamo suspirando: ¡Desgraciado quien os ofende!; porque he conocido que secretamente hacéis cumplir vuestra justicia aún con vuestros mejores amigos, y que vuestros juicios no admi-

ten apelación. ¡Qué terrorífico es vuestro rostro airado! No parece sino que sea un cielo oscuro, lleno de tormentas, cuyos truenos y rayos van a destruir el mundo. ¿Qué ha sido de vuestra antigua misericordia? Vuestra cólera es más temible que las mismas llamas del infierno. ¿Cómo he de decir de aquí adelante que sois muy amable cuando vuestros rigores aterran y hielan el alma?

Sabiduría.— Yo soy fiel, y jamás cambio en mis desig-nios. Vosotros sois los que os mudáis, pues tan pronto aparecéis con una conciencia pura, como con una conciencia manchada por el pecado. Por lo que a mí toca, siempre soy el amigo de las almas; pero soy justo, y sé imponerme por el temor, y castigar severamente los pecados. El objeto de mi sabiduría al exigir a los que amo un temor casto y filial, y un amor sincero y tierno, es siempre inspirarles horror al pecado y unirlos a mí con vínculos indisolubles.

Discíp.— Es muy cierto, Señor; y con eso me explicáis los planes de vuestra Providencia. Pero todavía hay una cosa que me admira, y es que no logre dar con Vos ni oír de vuestros labios una sola palabra, un alma que arde en vuestro amor y que no suspira sino por vuestra presencia. ¿Por qué, cuando un alma os ama, os le huís y os calláis de ese modo?

Sabid.— ¿No hablan y responden por mí todas las criaturas del universo?

Discíp.— Y ¿basta esto a vuestro amor?

Sabid.— Las almas que de verdad me buscan, deben darse por contentas con las palabras de ternura y amor que yo hablé en esta vida: ¿no bastan las Escrituras Santas para dar a conocer todo mi amor?

Discíp.— Pero, ¿qué son, Señor, vuestras palabras y vuestras Escrituras para el alma que desea precisamente vuestra presencia? El leer las cartas de un amigo y saber de él, no es precisamente poseerlo; y Vos, Jesús mío, sois

un amigo tan dulce, tan hermoso, tan divino, tan incomprendible, que aunque todos los ángeles me hablasen de vos, no darían a mi corazón la satisfacción que ansía, ni le quitarían el que continuase suspirando por vuestra presencia. ¿Acaso no os amo más que a todo el cielo junto? La esposa, cuyo corazón habéis cautivado, os espera, os desea, llora, suspira, gime, se muere, por vuestra presencia, grita desde lo íntimo de su corazón: *Volved, volved*. Y luego ha dicho a sus compañeras: *Decidme, os conjuro, ¿lo habéis visto?, ¿volverá o no volverá? ¿Llegaré a poseerlo en mi corazón o estará siempre lejos de mí para que muera de dolor?* ¡Señor, Señor, escucháis los gritos y gemidos del alma que os ama, y sin embargo permanecéis callado...!

Sabid.— Ya lo oigo, ya, y con gran placer. Pero tú que te extrañas de mi silencio, dime ¿Cuál es la alegría mayor que puede sentir el más encumbrado de los ángeles del cielo?

Discíp.— No lo sé, Señor; decídmelo.

Sabid.— Pues la mayor alegría que puede gozar el ángel más encumbrado del cielo, es someterse en todo a mi voluntad. Y si mi voluntad es que esté arrancando ortigas y malas hierbas de un campo, así lo hará con entera satisfacción y con un placer infinito.

Discíp.— Ya comprendo, Jesús mío. Queréis enseñarme cómo el amor verdadero debe abandonarse del todo a la voluntad del amado, y con tal que a éste le agrade, lo mismo debe satisfacerle lo dulce, que lo amargo, el fervor y los consuelos, que la sequedad y el abandono.

Sabid.— Eso es lo cierto. La mayor sumisión de un alma es la que se revela en la ausencia de los favores y en la más completa abnegación de sí misma.

Discíp.— Pero esto es muy difícil.

Sabid.— ¿Mas, en qué se conoce la virtud sino en el tiempo de la adversidad Debes saber que frecuentemente

cuando visito a las almas, me reciben indignamente, y me tratan como a un extraño y que a la vez, hay otras muchas que me aman. A estas no solamente me acerco con la más efusiva ternura, sino que me quedo con ellas, en ellas vivo, en ellas fijo una morada secreta; y nadie se apercibe de todo esto, excepto unas cuantas almas que viven solitarias, separadas de las cosas del mundo, con su corazón siempre alerta a conocer mis deseos para cumplirlos.

CAPITULO XIII

Los indicios de la presencia de Dios

Discípulo.— Sois, Señor, un amigo secreto y misterioso; pero yo quisiera saber cuáles son las señales de vuestra presencia, para que pueda reconocerla.

Sabiduría.— Nunca podrás conocer mi presencia sino en el momento mismo en que me oculto o me retiro del alma que se ha dado a mí. Entonces conocerás por experiencia lo que yo soy y lo que eres tú, pues al sol solamente se le conoce por sus destellos, toda vez que no puede verse directamente en su intensa luminosidad.

Yo soy el Bien supremo, eterno, sin el cual tú no existirías ni existiría nada bueno. Me comunico a las criaturas, y las revisto de bondad y estas comunicaciones son las que manifiestan mi presencia: pero yo nunca me dejo ver directamente y cara a cara.

Entra dentro de ti mismo, separa las rosas de las espinas, las flores de las malas hierbas. Ama la virtud, abomina el vicio. Conóceme a mí y conócete a ti, y entonces poseerás indicios ciertos de mi presencia oculta.

Discíp.— Noto en mí un cambio grandísimo, dulcísimo Jesús. Cuando me abandonáis, me siento como un enfermo a quien todo le desagrada y todo le repugna. Mi cuerpo se debilita y entorpece, mi alma se apesadumbra, siento en mi interior una sequedad grande y en mi exterior una profunda tristeza. Todo cuanto veo u oigo me molesta, sin tener ni saber por qué. Me siento arrastrado hacia el mal, sin fuerzas para resistir al enemigo, sin decisión para lo bueno; soy como una casa a la que la ausencia de un padre de familia ha llevado el desorden y el desbarajuste más espantoso.

Pero desde el momento que en mi alma brilla vuestra luz como una estrella divina, desaparece toda oscuridad, húyese el dolor, sonrío el corazón, elévase el espíritu, el alma encuentra en todo alegría y satisfacción, todo cuanto sucede dentro y fuera de mí se convierte en gratitud y acción de gracias. Lo que antes era penoso y difícil, ahora se me hace fácil y agradable. Los ayunos, las vigili­as, las penalidades de la vida, me parecen verdaderos placeres desde que os tengo a Vos presente. En este estado experimento una confianza tan grande y un ardor tan generoso, que ya no siento cuánto estoy solo y desamparado del mundo.

Mi alma rebosa en luces y verdades divinas. Mi corazón está saturado de dulcísimos pensamientos. Mi lengua habla con calor. Mi cuerpo no teme las fatigas; y todos cuantos a mí se acercan y me hablan, luego se van muy ilustrados y satisfechos. Paréceme que he triunfado del espacio y del tiempo, y que vivo ya en los atrios de la celestial Jerusalén. ¡Oh, si esto durase para siempre, qué dichoso sería! pero toda esta felicidad desaparece de repente.

Vuelvo a mi primera desnudez, a mi primera sequedad. Mi tristeza se acrecienta con el recuerdo de mi felicidad perdida, y ha de pasar mucho tiempo, he de derra-

mar muchas lágrimas y muchos suspiros antes de que vuelvan de nuevo aquellas delicias y aquella felicidad. ¡Qué alternativas, Señor! ¿Cuál es su causa?; ¿está en Vos o está en mí?

Sabid.— Tú no tienes más que defectos y pecados. Yo soy todo, y tú no eres nada; y esto es lo que sostiene nuestro amor. Nadie puede apreciar las delicias del amado cuando lo posee; solamente cuando se ausenta es cuando se comprende bien todo el encanto de su presencia.

CAPITULO XIV

La presencia del Señor no puede durar siempre

Discípulo.— Me parece muy dura, Señor, esta ley de vuestro amor. ¿Es que entre vuestros fieles siervos no hay algunos que vivan libres de estas alternativas, de idas y venidas, de vuestra presencia y de vuestra ausencia?

La Sabiduría.— Son muy pocos, porque el gozar sin interrupción alguna de mi presencia, no es vida del destierro, sino vida de la patria.

Discíp.— ¿Y quiénes son esos pocos?

Sabid.— Son las almas puras que pertenecen ya a la eternidad, y viven con Dios, desligadas de toda criatura, y transformadas en El.

Discíp.— Enseñadme, dulcísimo Jesús, cómo he de portarme con Vos para llegar, en cuanto mi debilidad lo consienta, a este estado de pureza y de unión.

Sabid.— Acuérdate de mis consuelos siempre que te llegue el tiempo de la tribulación: y en la hora de mis consuelos no olvides las grandes pruebas que te he hecho sufrir. Esto te servirá para que no te engrías cuando te

veas colmado de mi gracia, y para que no te abatas cuando te veas sumido en la aflicción. Y si tus pocas fuerzas no te permiten que renuncies a mis espirituales dulzuras, entonces espéralas con gran paciencia; y búscame siempre con amor.

Discíp.— ¡Señor!; la esperanza que mucho se prolonga resulta un verdadero tormento.

Sabid.— Hijo mío; todos los que quieren amar en esta vida, necesitan a veces disfrutar de la presencia del bien amado, y a veces verse privados de él, vivir entre la alegría y la tristeza, y saber comparar y distinguir el bien y el mal.

No creas que baste pensar en mí durante una hora el que quiera escuchar en su interior mis dulces palabras, y conocer los arcanos y misterios de mi Sabiduría, debe siempre estar conmigo, debe siempre pensar conmigo. Porque, ¿cómo has de olvidarte de mi presencia cuando yo siempre te tengo a ti presente?

Siempre tengo los ojos fijos sobre tu alma; y ¿por qué tu corazón me ha de abandonar tantas veces, para perderse en extraños y vanos pensamientos?; ¿cómo has de recibir mis inspiraciones y escuchar las confidencias de mi amor, si estás envuelto en tantas imaginaciones fútiles y recuerdos de cosas a las que debes morir?

Te olvidas de mí, que soy el Bien único, supremo, eterno, aun cuando te ves inundado de mi divina presencia. ¿No te parece que está muy mal el que salga de sí para cuidarse de las criaturas, quien dentro de sí tiene el reino de Dios?

Discíp.— Y ¿qué es, Señor, ese reino de Dios que tengo dentro de mí?

Sabid.— La justicia, la santidad, la paz, la alegría del Espíritu Santo.

Discíp.— Ya os comprendo, Jesús mío; ya veo que con las almas usáis procedimientos desconocidos y ocultos,

que poquito a poco las vais apartando de sí mismas, para entretenerlas y conducir las al conocimiento y al amor de vuestra divinidad. Así es cómo el alma que medita vuestra humanidad, comienza ya a entrar en el abismo de vuestra Majestad.

CAPITULO XV

Las quejas de los hombres

Discípulo.— ¡Señor!, os suplico que os dignéis responder a las quejas de algunos que dicen que el amor de Dios es de verdad dulcísimo, pero que se paga muy caro; porque para saborearlo es preciso sufrir antes una gran cruz y pruebas terribles, es preciso tolerar el odio, las persecuciones y el desprecio del mundo. Lo cierto es que desde el punto en que un alma se decide a andar por los caminos del espíritu y del amor, luego en seguida tiene que estar dispuesta a sufrir toda clase de penalidades. Y ¿cómo, Señor, es posible encontrar dulzura en estas penalidades, y por qué permitís que sobrevengan a vuestros amigos?

Sabiduría.— Nunca, desde que el mundo es mundo, he tratado de otra manera a mis servidores y amigos. Los amo como a Mí me amó mi eterno Padre.

Discíp.— De esto se quejan los hombres, Señor; y dicen que no es de extrañar el que tengáis tan pocos amigos.

Hay muchos que empiezan a amaros; pero cuando vienen las tentaciones, la tristeza, la cruz, entonces les pesa de haberse dedicado a vuestro servicio, y vuelven a sus afecciones primeras, que en un principio os habían sacrificado gustosos. Esto es muy triste y muy lamentable. ¿Qué se les ha de responder, oh Jesús mío?